

# El Legado de Kennedy

**ARTHUR SCHLESINGER Jr.**

Historiador. Consejero del  
Presidente Kennedy.

I

Las balas que hace un año disparó un loco en Dallas segaron una vida brillante y denodada. Sólo el tiempo dirá si pusieron fin a los propósitos a que esa vida se había consagrado. Porque la grandeza de John Fitzgerald Kennedy no se funda únicamente en sus dotes personales, de por sí extraordinarias. Estriba más en la penetración y dirección que aportó al asiento de un vasto poder en un mundo que experimenta una profunda e inescrutable transformación. Descansa en su sentido del presente y en su visión del futuro.

Sólo el tiempo determinará definitivamente si la visión del Presidente fue acertada. Pero nadie puede dudar de que en su breve ejercicio de la Primera Magistratura contribuyó a que el mundo se formara un nuevo concepto de sus problemas y posibilidades. Porque entre los hombres poderosos de nuestro planeta fue el único que tuvo una perspectiva de la historia que se arraiga en la experiencia de nuestra época. Cuando lo eligieron Presidente de los Estados Unidos en 1960 tenía sólo 43 años: el hombre más joven que se ha llevado a desempeñar ese alto cargo, el primer presidente norteamericano nacido en el Siglo XX. El hecho de que sucediera al mandatario norteamericano más viejo que ha habido hizo resaltar aún más el cambio. Y así vemos que al principio de su discurso inaugural dijo: "Que amigos y enemigos por igual sepan, desde aquí y ahora, que la antorcha ha pasado a manos de una nueva generación de norteamericanos, nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una paz dura y amarga..."

La elección de Kennedy tuvo también un significado mayor, porque señaló la capitulación del primero de los Estados más antiguos del mundo en favor de la nueva generación de dirección política. Con esa elección, la generación que había nacido durante la Primera Guerra Mundial, que se desarrolló durante la crisis económica, combatió en la Segunda Guerra Mundial e inició su carrera pública en la era atómica, ascendió por fin al asiento del poder y la responsabilidad.

Este hecho puso al Presidente Kennedy en extraordinaria relación con la juventud de todas partes, no sólo de los Estados Unidos sino del mundo entero. Nadie se percató de lo extraordinaria que fue esa relación sino hasta que se volcó la pena por su muerte. Y por supuesto, no fue el simple hecho cro-

nológico de su juventud lo que le captó la lealtad y el afecto —el mundo tiene sus retrógrados, jóvenes y viejos—, lo fue aún más la percepción y la exactitud con que expresó la visión de la juventud del Siglo XX.

Kennedy dijo una vez que él era un "idealista sin ilusiones". Su sensibilidad era la de un hombre que vio la lucha humana, no como moralista sino como historiador y hasta como persona irónica, pero para quien la ironía nunca cortó el nervio de la acción. Nació en la opulencia, en una familia que empezaba a pasar de irlandesa-norteamericana a la aristocracia norteamericana del Este. Su educación le infundió desprendimientos indispensables: desprendimiento del espíritu comercial, desprendimiento del liberalismo ritual, desprendimiento del juicio convencional de derecha y de izquierda. Y aunque su mundo era excepcionalmente privilegiado, su propia vida tuvo más sufrimientos de los que le correspondían. Este hecho aumentó también su desprendimiento. A pesar de haber sido un hombre de gran vitalidad física, se vio aquejado de enfermedades. Su hermano nos ha dicho: "Por lo menos la mitad de los días que pasó en este mundo fueron días de intenso dolor físico".

La historia de su tiempo contribuyó a consolidar esa actitud de desprendimiento; su época era un espejismo en que al hombre maduro quedaban pocas realidades en que apoyarse: familia, amistad, valor físico, disciplina intelectual, curiosidad, compasión, agudeza, poder. Y así el mundo exterior se convenció que él desechaba el despliegue de emociones. Era "sereno" en una época en que la juventud consideraba la serenidad por sobre todo lo demás.

Sin embargo, no habría mayor error que el de tomar la serenidad de Kennedy por indiferencia, error que cometieron algunos de sus compatriotas antes de 1960, pero muy pocos después de entonces. Sólo un insensato podría suponer que su aparente desprendimiento se debía a su poca sensibilidad. Ese desprendimiento se debía a su excesiva sensibilidad y a que tenía que ajustarse a un mundo en que reinaban el desorden y la angustia. En una conferencia de prensa celebrada pocos meses antes de ser asesinado, dijo lo siguiente al hablar del licenciamiento de las fuerzas de reserva después de la crisis de Berlín: "Siempre hay una injusticia en la vida. En una guerra mueren unos, otros reciben heridas y otros nunca salen del país

... la vida es injusta". Dijo esto no con amargura sino con el conocimiento de quien ha vivido en una era amarga, un conocimiento que lo señaló como hombre de esa era.

Y así fue como tomó en serio la vida, nunca a sí mismo. Se interesaba con pasión, aunque esa pasión fuera oculta. No hubo un momento en que no fuera campechano, ocurrente, compasivo e ingenioso, pero en el fondo era un hombre profundamente serio. Encarnó la actitud de su generación: desdén por la pomposidad, desconfianza de la retórica, odio a la teatralidad, impaciencia de las posturas y santidades del pasado, de la expectativa del desengaño. Y al mismo tiempo encarnó los anhelos de su generación, anhelos de realización mediante la experiencia, de subordinar los impulsos mezquinos a los ideales públicos, de valor, de afecto, de honorabilidad. Instintivamente desconfiaba siempre de los lemas del pasado, no como excusa de la inacción sino como preludio de la acción. Instintivamente buscaba las realidades del presente y trataba de saber la dirección en que la historia se iba desarrollando. Por incurable que fuera el mundo, era un mundo hecho por el hombre, y, por lo tanto, el hombre podría cambiarlo y hasta salvarlo. Concordaba con Abraham Lincoln, quien a pesar de estar profundamente convencido de la debilidad de la lucha humana "pidió firmeza en la rectitud, en la forma en que Dios nos la deja ver". Al afirmar la obligación de actuar frente a la complejidad y el caos, Kennedy rescató a su propia generación de la desilusión superficial y de su amor pasajero a la impotencia y a sí mismo, y le infundió nueva fe en los propósitos y nueva esperanza.

Como tenía un elevado concepto de su país, su crítica era sincera cuando la nación no estaba a la altura de sus mejores normas. Nada le preocupó más durante su presidencia que la lucha por garantizar a los negros norteamericanos igualdad de derechos como ciudadanos estadounidenses. A este respecto dijo: "Afrontamos primordialmente una cuestión moral. Es tan antigua como las Sagradas Escrituras y tan clara como la Constitución de los Estados Unidos... A pesar de todas sus esperanzas y alardes, esta nación no será completamente libre sino hasta que todos sus ciudadanos sean libres". Desde Lincoln ningún presidente ha puesto mayor empeño en esa lucha, y ninguno se ha captado tan plenamente la lealtad y el amor de la colectividad negra. Con la ayuda del Vicepresidente Lyndon B. Johnson luchó por conseguir iguales oportunidades de empleo para los negros, y con la colaboración del Procurador General Robert F. Kennedy hizo uso de toda la fuerza del Poder Ejecutivo para terminar con la discriminación en materia de educación, transporte, sufragio y vivienda. Dos veces llamó a las fuerzas armadas para

garantizar a los estudiantes negros el derecho de asistir a universidades estatales. Lo hizo así porque era necesario mantener la fe en la democracia norteamericana y preservar la urdimbre de la sociedad estadounidense. Lo hizo así porque juzgó con juicio sereno que ésa era la medida indicada.

Siempre acogió una nueva experiencia, y la nueva experiencia profundizó constantemente su sentido de lo que deben hacer los Estados Unidos para realizar sus anhelos. Y así fue como la campaña para escoger electores realizada en las áridas lomas de West Virginia en la primavera de 1960 concretó su compasión por la pobreza y le dio sentido de urgencia. Consideraba que la persistencia de la miseria en una sociedad de abundancia era una vergüenza y un escándalo nacionales, y nunca pudo comprender a los ricos satisfechos que mientras tienen todo lo que necesitan se contentan con escatimar su ayuda a escuelas y servicios médicos y sociales para sus compatriotas menos afortunados. En una de las últimas conversaciones que sostuvimos, él estaba pensando en el programa legislativo para 1964 y dijo: "Ha llegado el momento de organizar un ataque nacional contra las causas de la pobreza, en un vasto programa en todo el país", y ésa es una finalidad que su sucesor ha continuado persiguiendo fiel y hábilmente.

Su visión del resurgimiento nacional tampoco se circunscribió a derechos legales y necesidades económicas. Fue el presidente más civilizado que han tenido los Estados Unidos desde Jefferson. Hizo de la Casa Blanca el hogar más civilizado del país, y uno de sus orgullos fue el haber introducido la civilización en la política. Ningún presidente había reconocido y respetado tanto el lugar central que ocupan las artes en una sociedad vigorosa.

Un mes antes de ser asesinado, el Presidente Kennedy habló en Amherst College en la dedicación de una biblioteca a la memoria de su buen amigo Robert Frost. En esa ocasión dijo:

"Los hombres que crean al poder aportan una contribución indispensable a la grandeza de la nación. Pero los hombres que objetan el poder aportan una contribución igualmente indispensable... Porque determinan si hacemos uso del poder o si el poder hace uso de nosotros".

El poder no fue para él un fin en sí; fue un medio de avanzar hacia una América grande y hacia un mundo de progresos y de paz. Más aún, si no realizó todo lo que deseaba hacer, si no terminó todo lo que inició tan bien, dio a América un nuevo sentido de sí misma, un nuevo espíritu, un nuevo estilo, un nuevo concepto de su papel y destino. O más bien, renovó para nuestra propia era, los más antiguos ideales de la república norteamericana, recobrando la convicción origi-

nal en los propósitos y anhelos. George Washington dijo en el discurso de su primera toma de posesión: "La preservación del fuego sagrado de la libertad y el destino del modelo de gobierno republicano dependen quizás profunda y definitivamente del experimento que se ha confiado en manos del pueblo norteamericano". John F. Kennedy vio a América no como a una nación vieja, cansada, agotada, satisfecha de la ordinarietà y el materialismo, identificada en todo con el status quo, temerosa del futuro, sino como

a una nación joven, comprometida para siempre con el experimento de George Washington, inquisitiva, crítica de sí misma, capaz de sobreponerse a motivos mezquinos y repugnantes, apreciadora de los atributos de la inteligencia y la sensibilidad que sustentan la cultura y elevan a la sociedad, afrontando el futuro llena de confianza y fe, dedicada de nuevo a la evolución de la democracia, extendiendo su influencia hacia otros países, no por la fuerza sino por el ejemplo.

## II

John F. Kennedy vio al mundo con la perspectiva del historiador, la cual le hizo comprender que el cambio era inevitable y que la tarea del estadista era la de encauzar las fuerzas del cambio manteniendo a las ideas y a las instituciones a tono con las violentas transformaciones sociales. Fue en grado sumo un hombre sensato en un mundo irracional, pero siempre un hombre de juicio que nunca rehuyó la obligación de actuar.

Llegó a la Casa Blanca en una época de nueva confusión de los asuntos internacionales. Los profundos cambios indicaban que había pasado la época de la postguerra. Y creo que el Presidente Kennedy fue el primero de los estadistas del mundo en reconocer este hecho en ideas políticas encaminadas a guiar al mundo más allá del umbral de una nueva era. En particular la derrota de la visión comunista de un mundo monolítico causada por las fuerzas históricas de la diversidad, fuerzas lo suficientemente poderosas para trastornar al propio imperio comunista, confirmaron su profunda convicción de que nuestro mundo, por su naturaleza y por su devenir histórico en un mundo diverso.

En un discurso pronunciado en la Universidad de California el 23 de Marzo de 1962, dijo lo siguiente: "Las profundas tendencias de la historia, y no la excitación pasajera, son las que habrán de forjar nuestro futuro". En su opinión, esas profundas tendencias históricas estaban impulsando al mundo no hacia la uniformidad sino hacia la diversidad, "hacia un mundo en el cual, dentro del marco de la cooperación internacional, todo país pueda resolver sus problemas de acuerdo con sus propias tradiciones e ideales". El mundo que está surgiendo será "un mundo basado en la diversidad, la autodeterminación, la libertad".

Estaba completamente dispuesto a aceptar las consecuencias que traería un mundo así para los Estados Unidos. Desechó la idea de que "la misión norteamericana es la de rehacer al mundo a la imagen de los Estados Unidos". Hizo recordar a sus compatriotas que "los Estados Unidos no son ni omnipotentes ni omniscientes. . . que no podemos enderezar todo entuerto ni invertir el curso

de toda adversidad, y que, por lo tanto, no puede haber una solución norteamericana para todo problema del mundo". Pero en su opinión esto no creaba ninguna dificultad, porque los principios del mundo que surge, "lejos de oponerse al concepto norteamericano del orden mundial, constituyen la esencia misma de nuestra idea del futuro del mundo". Agregó que por otra parte estos principios excluyeron la idea comunista de "un mundo monolítico, un mundo en el cual todos los conocimientos tienen un sólo patrón, todas las sociedades funcionan conforme a un mismo modelo y todos los problemas y derrotas tienen una sola solución y un sólo punto de destino".

"Ninguna persona que examine el mundo moderno puede dudar de que las grandes corrientes de la historia lo están alejando de la idea monolítica y llevándolo hacia la idea de la pluralidad, alejándolo del comunismo y llevándolo hacia la independencia y la libertad nacionales. Nadie puede dudar de que la ola del futuro no es la conquista del mundo por su solo credo dogmático sino la liberación de las diversas energías de las naciones libres y los hombres libres".

Tal como él lo vio, el mundo ofrecía espacio para una gran variedad de sistemas económicos, credos políticos y cultos religiosos, mientras cada uno respetara el derecho a existir que tienen los demás. Según su criterio, el punto de la política exterior norteamericana era avanzar constante y rápidamente hacia una genuina colectividad mundial, en que cada nación expresara su propia identidad sin violar su lealtad al orden de equidad y paz internacionales, orden que estaba encontrando su expresión aproximada en las Naciones Unidas. Su esperanza, tal como lo manifestó en la American University el 10 de Junio de 1963, fue "hacer del mundo un lugar seguro para la diversidad".

Por supuesto que la cristalización de esta esperanza no podría lograrse mediante la retórica y la exhortación. Para hacer del mundo un lugar para la diversidad es necesario ante todo hacerlo inseguro para la

agresión. A Kennedy le gustaba una imagen invocada por el jurista Oliver Wendell Holmes, la imagen de "la libertad apoyada en su lanza", y sabía que sólo la fuerza puede disuadir a la fuerza. Y así fue como formó el poderío armado de su país, y en particular le amplió la capacidad de responder a la agresión de toda naturaleza, desde la guerra nuclear y la guerra convencional hasta el ataque de guerrillas. Y así fue también como hizo que su país se comprometiera a defender la libertad de Berlín Occidental. Asimismo ofreció apoyo a naciones como la India y Vietnam, que estaban amenazadas por enemigos externos.

Aunque para fines de la década de 1950 los dirigentes soviéticos habían llegado a convencerse de la imposibilidad de la guerra nuclear, todavía creían en la posibilidad del chantaje nuclear. Era en los días en que el Primer Ministro Khrushchev festejaba a dignatarios visitantes calculando el número de bombas atómicas que se necesitarían para destruir a sus países. El gobierno soviético todavía esperaba que las amenazas nucleares crearan una situación propicia para adelantar sus propósitos mediante la intimidación y sin necesidad de una guerra general.

Por esta razón tuvo tanta importancia el acontecimiento más decisivo del gobierno de Kennedy: la tentativa soviética de instalar proyectiles nucleares en la isla de Cuba. La crisis de los proyectiles cubanos fue la mayor amenaza a la paz desde la Segunda Guerra Mundial, y creo que su solución pasará a la historia como uno de los virajes decisivos del Siglo XX; porque la reacción del Presidente Kennedy puso dos puntos definitivamente en claro para la jefatura soviética. Uno fue que el chantaje nuclear contra los Estados Unidos no produciría retirada sino resistencia, hecho que se espera haya persuadido a los dirigentes soviéticos de que el chantaje nuclear es una alternativa tan muerta como lo es la propia guerra nuclear. El segundo fue que los Estados Unidos no trataban de aprovechar pretextos para iniciar una guerra mundial, ni siquiera empujar a su adversario hacia un callejón sin salida. El Presidente Kennedy manejó la crisis cubana con admirable mezcla de firmeza y refrenamiento, y si su firmeza obligó a la Unión Soviética a abandonar el campo, su refrenamiento le dejó una puerta abierta por donde retirarse con dignidad. Y así fue como el incidente cubano demostró a los líderes soviéticos la inutilidad del chantaje nuclear contra los Estados Unidos, y el refrenamiento y responsabilidad de los Estados Unidos, aún cuando se vieron ante una plausible excusa para una violenta represalia. El carácter de la victoria norteamericana dio lugar, primero, al discurso del Presidente Kennedy en la American University, y luego a la negociación de un tratado de limitación de pruebas nucleares que entrañaba, entre otras co-

sas, la aceptación soviética de la superioridad nuclear norteamericana.

La negociación de este tratado satisfizo uno de los deseos más profundos del Presidente Kennedy. Desde el principio su gobierno se había esforzado por lograr la negación de un tratado de esa clase. El 25 de septiembre de 1961 había dicho a las Naciones Unidas: "Un desastre nuclear, esparcido por el viento, por el agua y por el temor, bien podría arrollar por igual al grande y al pequeño, al rico y al pobre, al comprometido y al no comprometido. La humanidad debe acabar con la guerra, o la guerra acabará con la humanidad . . . Los que estamos en esta sala seremos recordados ya sea como parte de la generación que convirtió al planeta en pira funeraria o como la generación que cumplió su solemne promesa de 'salvar del flagelo de la guerra a las generaciones venideras' . . . Juntos salvaremos a nuestro planeta o juntos pereceremos en sus llamas".

Aunque el tratado de 1963 sobre limitación de pruebas nucleares no llegó hasta donde habríamos deseado, representó un enorme adelanto en la defensa del hombre contra la autodestrucción. Para Kennedy fue el primer paso en un largo viaje que esperaba conduciría algún día al desarme general y completo y a la supresión de la institución de la guerra. No se forjaba ilusiones de llegar a su destino de la noche a la mañana, pero esto nunca le pareció una excusa para posponer el viaje. A este respecto refería un cuento favorito acerca del Mariscal Lyautey, que una vez pidió a su jardinero que le plantara un árbol. El jardinero le advirtió que el árbol era de lento crecimiento y que no llegaría a la madurez sino al cabo de cien años. Lyautey le replicó: "En ese caso no hay tiempo que perder, siémbrelo esta misma tarde".

Se percataba de lo que significaría una guerra atómica, y creía que el evitar tal guerra era de interés común para toda la humanidad, interés común que debe trascender todo conflicto de ideologías o de ambición nacional. Este interés común era el puente que salvaba el negro abismo. Su propósito más profundo era fortalecer ese puente contra las tormentas de la sospecha y el temor, y también el de persuadir a sus adversarios de que, si cada nación y pueblo respetaba la integridad de los demás y aceptaba la permanencia del mundo de la diversidad, si las naciones abandonaban su esfuerzo mesiánico de rehacer al mundo a su propia imagen, la paz sería posible y la humanidad perduraría.

Pero para Kennedy la frase "mundo de diversidad" no significaba un mundo estancado y estático, sino un mundo en que los pueblos fueran libres de tratar de mejorar su forma de vida, de acuerdo con sus propias tradiciones e ideales y dentro del marco

de la lealtad a la colectividad internacional. Deseaba poner fin a la estéril y antigua contienda entre dos gastadas abstracciones, "capitalismo" y "socialismo", y en cambio concentrarse en medidas prácticas que ayudarían a los pueblos a mejorar las condiciones tanto para ellos como para sus hijos. Su aversión al régimen de Castro en Cuba no fue en absoluto porque se trataba de un régimen de revolución social; fue precisamente porque su subordinación a los intereses nacionales de la Unión Soviética constituía en sí una mortal amenaza a la revolución social democrática de la América Latina, como Castro lo ha demostrado en forma condescendiente con sus persistentes e inescrupulosas tentativas de derrocar el régimen progresista del Presidente Betancourt de Venezuela. El Presidente Kennedy hizo ver claramente a los cubanos, en Diciembre de 1962, que:

"Apoyamos en Cuba y en todos los países de este Continente el derecho a elecciones libres y el libre ejercicio de las libertades humanas fundamentales. Apoyamos la reforma agraria y el derecho de todo campesino a ser dueño de la tierra que trabaja. Apoyamos el esfuerzo que emprende toda nación libre por establecer programas de progreso económico. Apoyamos el derecho de todo pueblo libre a la libre transformación de las instituciones económicas y políticas de la sociedad a fin de ponerlas al servicio del bienestar de todos".

Bajo su dirección, el programa de ayuda exterior de los Estados Unidos cambió de rumbo en todas partes del mundo y empezó a concentrarse en prestar ayuda para el desarrollo de las nuevas naciones, mientras sus Cuerpos para la Paz demostraban el deseo que tienen los jóvenes norteamericanos de trabajar hombro con hombro con los pueblos que viven en aldeas, barrios escuálidos y granjas del tercer mundo.

Creía que así como las clases acomodadas de la colectividad norteamericana tenían una obligación con el débil y el indefenso, las naciones ricas tenían una obligación con las naciones que luchan por salir del olvido, del estancamiento y la desesperación. Y consideraba esto no como obligación moral sino como necesidad social. En una ocasión dijo que "los que hacen imposible una revolución pacífica hacen inevitable una revolución violenta".

La política de hacer del mundo un lugar seguro para la diversidad entrañaba el apoyo de los gobiernos que abogan por la diversidad en sus propias sociedades. Como idealista sin ilusiones, Kennedy sabía muy bien que tenía que habérselas con el mundo tal como es en la actualidad. Estaba dispuesto a colaborar con toda clase de gobiernos, hasta con los que le desagradaban. Pero al final prefirió a los gobiernos que, como el suyo, se comprometían a preservar la liber-

tad y a impulsar el progreso social. Confía en que algún día se establecería una relación más estrecha entre los Estados Unidos y la Europa Occidental, y se mostró en favor del Mercado Común Europeo, a pesar de los problemas económicos que planteaba para los Estados Unidos.

Sobre todo, el Presidente Kennedy comprendió que al hacer del mundo un lugar seguro para la diversidad era algo más que detener a la agresión. La única forma duradera de hacer del mundo un lugar seguro para la diversidad es la de demostrar el poder superior de la democracia, poder de acelerar el desarrollo económico y social, de abolir el analfabetismo, de realizar programas de salud y sanidad, de elevar las normas de vida de las masas, de lograr el progreso económico y la justicia social, dentro del concepto de la dignidad humana y la libertad política. Su esperanza más preciada fue la de poder demostrar que la revolución de la democracia es más eficaz y mucho más justa que la revolución del comunismo.

Queda por determinarse si, después de todo, fue un accidente de la política norteamericana, un caso biológico, una aberración de la historia norteamericana este primer estadista del mundo de después de la postguerra, este joven político, intelectual y sereno, que por medio de la razón buscaba disciplina y una excitativa hacia propósitos públicos de elevar a una nación impulsiva en ciertos respectos irracional, y de arreglar a un mundo caótico. No obstante, bien puede ser que llegara a ser el hombre más joven que se haya llevado a la Presidencia de los Estados Unidos precisamente porque representaba con tanta fidelidad, brillo y valor el más profundo y el mejor de los impulsos de la vida norteamericana. Yo por mi parte creo que las energías que liberó, las pautas que sentó, los propósitos que inspiró guiarán a sus compatriotas por los años venideros, y que su sucesor, aunque de distinto temperamento y estilo, proseguirá, con todo el ascendiente de su robusta personalidad, las principales iniciativas de su gobierno.

No sabremos la repercusión final que tendrá la era de Kennedy sino hasta que sepamos lo que nosotros y otros semejantes a nosotros de otras partes del mundo harán, y pueden hacer para plasmar lo que ha de venir. Pero creo que sí sabemos ya que la vida de John Fitzgerald Kennedy —su menoscabo al lenguaje afectado y al clisé, su sentido de las realidades que se van desenvolviendo en el mundo, su pasión por realizar la labor, su confianza en el rumbo de la historia— ha contribuido a liberar a nuestro planeta del pesimismo del determinismo histórico y a introducir nuevas posibilidades de esperanza y maestría en el incesante fluir de la historia. Este es su legado y nuestra oportunidad.